

cómo este epíciclo *era, si no aljaba de las flechas, taller de los harpones de Cupido*; y menos cómo todos los tiros son mortales porque las armas están *afiladas en cristales*. Entreveo que acaso el Poeta quiso decir que Raquel no salía de su habitación durante la ausencia del Rey, que pensaba continuamente en sus amores, que lloraba &c.; pero no estoy seguro de que esto sea verdaderamente lo que intentó; y así estos pensamientos son para mí rigurosamente enigmáticos.

Valbuena en su Egloga XI dice por boca de un pastor zeloso.

¡Oh zelo! que del mismo amor nacido
es tu oficio *abrasar vida y contento*,
y dejar el carbon mas encendido:

Eres *muerte y dolor* del pensamiento,
fiero verdugo de inmortal contienda,
donde del bien y el mal nace el tormento.

Llévame al fin por tan estrecha senda
que *das imperfeccion en el cuidado*,
donde *apenas caber puede la enmienda*.

Prescindamos de que toda esta metafísica sobre los zelos es impropia en boca de un pastor, que no se abrasa una vida ni un contento, y que *verdugo de inmortal contienda* es una expresión vacía de sentido; y dígasenos solamente qué puede significar aquello de que el zelo lleva al pastor por senda tan estrecha que le *da imperfeccion en el cuidado*; en el cual cuidado, ó en la cual senda, *apenas puede caber la enmienda*. ¿Qué es *dar imperfeccion en un cuidado*?

CAPÍTULO III.

De la novedad de los pensamientos.

La combinacion de ideas que ofrezca un pensamiento puede ser enteramente nueva, ó ya empleada por otro escritor: en el primer caso es *nuevo*, en el segundo *comun*. Si lo fuere tanto que anduviese hasta en la boca del vulgo, se llama vulgar: y si entre el vulgo mismo fuere tan trillado que con frecuencia le repitan aun los mas ignorantes, llega á ser lo que se llama *trivial*. La regla en esta parte es que «no solo sean nuevos «en sí mismos, si ser puede, los pensamientos «de cualquiera composicion, sino que á los comunes, vulgares y triviales se les dé cierta novedad, añadiéndoles algunas ideas accesorias no «empleadas todavía.»

Veamos el modo de hacerlo, poniendo un ejemplo que al mismo tiempo dé á conocer la diferencia que hay entre las varias clases que acabo de distinguir. «Todos hemos de morir.» Este es un pensamiento *trivial*, porque frecuentísimamente le repiten aun las personas menos instruidas. «Lo mismo muere el rico que el pobre.» Este añade ya un contraste que le eleva un poco sobre los rigurosamente triviales, pero no pasa de *vulgar*. «La muerte no perdona al rico ni al «pobre.» Aqui por las ideas accesorias que excita la palabra *perdonar* se presenta la muerte como

un juez inexorable, cuyos decretos alcanzan á todos, y el pensamiento no es ya vulgar; pero es *comun*, porque ha sido mil veces empleado. » La
 » muerte pálida llama igualmente á la puerta de
 » las casas de los pobres que á la de los alcázares
 » de los Reyes.»

*Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
 Regumque turres.*

Este, comun en el dia, fué nuevo en boca de Horacio, quien con los contrastes de » *pauperum*, » *Regum; tabernas, turres*, con el epíteto de *pallida* dado á la muerte, y con la expresion *æquo pulsat pede* con que la personifica, supo hacer » nuevo en cierto modo el pensamiento trivialí- » simo » todos hemos de morir.» El mismo Horacio le diversificó y rejuveneció, por decirlo así, de mil maneras en varios pasages de sus obras, y los buenos poetas, cuando hablan de la muerte, hallan siempre nuevos modos de presentar las ideas relativas á un objeto tan comun y conocido. Nuestro Rioja v. gr. expresa en la Epístola á Fabio el pensamiento » antes de morirme » con toda esta belleza y novedad.
 Antes que aquesta mies inútil siegue
 de la severa muerte dura mano,
 y á la comun materia se la entregue.
 El mismo poeta en la cancion á las ruinas de Itálica, habiendo dicho primero sencillamente » aquí » nació.... Trajano » y teniendo que repetir la misma idea de *nacer*, supo variarla de esta manera tan nueva como poética.

Aquí de Elío Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino,
rodaron de marfil y oro las cunas.

Mas adelante se verá el modo de dar novedad á los pensamientos por medio de los llamados tropos y de las perífrasis; por ahora pueden bastar estos pocos ejemplos para que se forme de ello alguna idea.

CAPÍTULO IV.

De la naturalidad de los pensamientos.

Los pensamientos pueden nacer del asunto y tener con él necesaria conexión, ó ser traídos de lejos y con cierta especie de violencia: los primeros son *naturales*, los segundos *violentos*, *forzados*, *estudiados*. Si además de ser naturales fuere tan fácil hallarlos, que para dar con ellos baste un mediano talento, se llaman *obvios*, porque ellos como que se presentan por sí mismos; y tambien *fáciles*, porque parece que el encontrarlos no le ha costado al autor ningun esfuerzo. Si para hallarlos fuere necesaria aquella especie de penetración que llamamos *ingenio*, ó mas bien «agudeza» de ingenio; se les da á ellos mismos el nombre de *ingeniosos* ó *agudos*. Si juntamente con el ingenio se requiere aquel particular discernimiento que se llama *finura*, el pensamiento se dice entonces *fino*; y si además hubiere tenido parte en su hallazgo aquel cierto grado de sensibilidad que

se nombra *delicadeza*, el pensamiento se llamará *delicado*. Como el ingenio, la finura y la delicadeza consisten en descubrir entre los objetos ciertas relaciones ligeras, casi imperceptibles, y tales que no las hubiera percibido un observador menos atento, menos perspicaz, ó menos sensible: si aquellas en que se funda un pensamiento son demasiado ténues, pasa este ya de ingenioso, fino ó delicado á lo que se llama *sutil*; y si alguno de estos lo fuere tanto que analizado escrupulosamente apenas se descubra una ligerísima relacion entre las ideas de que consta, degenerará en *alambicado*: epíteto que se ha dado con bastante propiedad á los pensamientos muy sutiles; porque en efecto se parecen á los tenuísimos y sutilísimos líquidos obtenidos por evaporacion en el aparato llamado alambique. La regla relativa á estas varias clases es la siguiente: » En toda com-
 » posicion los pensamientos deben ser *naturales*
 » y no forzados; los *obvios* y *fáciles*, siendo por
 » otra parte interesantes, son en general preferi-
 » bles á los *ingeniosos*, *finos* ó *delicados*; pero los
 » de estas tres denominaciones, empleados con eco-
 » nomía, no son reprehensibles sino cuando pasan ya
 » á ser conocidamente *sutiles* ó *alambicados*, ó
 » cuando tienen algun otro defecto” como el de la oscuridad, de la cual estan muy cercanos.

Veamos ejemplos que la comprueben y expliquen.

Garcilaso tiene en su tercera Egloga estos tan sabidos como hermosísimos versos.

Flérída para mí dulce y sabrosa,
 mas que la fruta del cercado ageno;
 mas blanca que la leche, y mas hermosa
 que el prado por Abril de flores lleno.

Las dos comparaciones «mas blanca que la leche, mas hermosa que el prado lleno de flores» son dos pensamientos *naturalísimos* en boca de un pastor, y ademas *fáciles y obvios*; pero el primero «mas sabrosa que la fruta del cercado ageno,» sin dejar de ser *natural*, es verdaderamente *ingenioso*. Lo es, porque no á todos se les hubiera ocurrido la observacion, no muy obvia aunque muy verdadera, de que las cosas que poseen los demas nos parecen mejores que las que nosotros tenemos.

El mismo Garcilaso, en la Egloga I., hace decir á un pastor hablando de su rival.

Y cierto no trocara mi figura
 con ese que de mí se está riendo,
 trocara mi ventura.

Esto es lo que propiamente se llama fino.
 Aquello de Virgilio, Egloga III.

*Malo me Galatea petit, lasciva puella;
 Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.*

Pues á mí la traviesa Galatea
 me tira una manzana; y en los sauces
 corre luego á esconderse, deseando
 que antes de entrar en ellos yo la vea.

es delicado. Cuando en el libro 4.^o de la Eneida dice el mismo poeta que Dido, atravesado ya el pecho con la espada, hace todavía esfuerzos para incorporarse, levanta al cielo sus moribundos y errantes ojos, busca la luz, y al verla da un gemido, «*ingemuitque reperta*» esto último es *profundo, fino y delicado*. Dudo que en ningun escritor profano haya una cosa mas tierna y mas felizmente imaginada.

Para muestra de pensamientos que, sin llegar á ser *sutiles*, muestran ya el estudio y trabajo del escritor y no son del todo naturales; puede servir aquel terceto de Rioja en su citada epístola á Fabio.

¿Será que pueda ver que *me desvío*
de la vida viviendo, y que *está unida*
la cauta muerte al simple vivir mio?

Seria excesivo rigor condenar como *sutiles* estos dos pensamientos; pero cualquiera ve, que sin haber en ellos verdadera *sutileza*, no son sin embargo de aquellos de los cuales dice Horacio, *ut sibi quivis speret idem*; y que, *desviarse de la vida viviendo*, y *cauta muerte unida al simple vivir*, huele no poco al aceite.

Para ver en una sola composicion una serie no interrumpida de sutilezas y alambicamientos, léase la cancion de Garcilaso que empieza: «El aspereza de mis males quiero», en la cual todo es estudiadísimo, todo metafísica escolástica so-

bre el combate de la razon y de las pasiones. No la copiaré entera, porque es muy larga y cualquiera puede leerla en el original; pero para prueba citaré la primera estancia, que dice asi:

El aspereza de mis males quiero
 que se muestre tambien en mis razones,
 como ya en los efectos se ha mostrado:
 lloraré de mi mal las ocasiones,
 sabrá el mundo la causa por que muero,
 y moriré á lo menos *confesado*.
 Pues soy por los cabellos arrastrado
 de un tan desatinado pensamiento,
 que por agudas peñas peligrosas,
 por matas espinosas,
 corre con ligereza mas que el viento,
 bañando de mi sangre la carrera:
 y para mas despacio atormentarme,
 llévame alguna vez por entre flores,
 á dó de mis tormentos y dolores
 descanso, y de ellos vengo á no acordarme
 mas él á mas descanso no me espera;
 antes, como me ve de esta manera,
 con un nuevo furor y *desatino*
 torna á seguir el áspero camino.

Sin detenernos en lo de *morir confesado*, que ya han notado otros, tenemos aquí *un pensamiento desatinado que arrastra á un hombre por los cabellos, y corre con mas ligereza que el viento por agudas peñas peligrosas y por matas espinosas, bañando la carrera con la san-*

gre del arrastrado; y luego, *para atormentarle mas despacio, le lleva alguna vez por entre flores á dó descanse de sus tormentos y dolores*; y en efecto el cuitado llega ya á no acordarse de ellos, pero el pícaro pensamiento no le deja descansar mucho rato; al contrario, luego que ve como se va olvidando de sus dolores, *torna á seguir el áspero camino con un nuevo furor y desatino*. Y bien, toda esta intrincada metafísica ¿quiere decir algo, traducida al language de la razon? Nada en suma; que un enamorado teme unas veces, y espera otras; que ya desespera, ya confía. Y un pensamiento tan sencillo ¿puede utilizarse y alambicarse más, que buscando las remotísimas y casi nulas relaciones que esta situacion de los amantes puede tener con la de un hombre que fuese arrastrado de los cabellos por entre agudas peñas y espinosas matas, y á quien luego llevasen por entre flores y despues le volviesen al áspero camino? ¿Cuánto no es menester devanarse los sesos, y alambicar las ideas para encontrar alguna analogía, si la hay, entre esta situacion física del hombre arrastrado y la moral del amante que pasa alternativamente del temor á la esperanza, y de la esperanza al temor? Como en este ejemplo las expresiones estan tomadas en cierto sentido que se llama figurado del cual se tratará largamente en otra parte de esta obra, y ahora no se tiene de él bastante noticia; daré otros ejemplos en que los términos conserven su significacion literal. Además, sien-

do este punto de la naturalidad de los pensamientos muy importante, y estando llenos varios poetas nuestros de conceptos respectivamente sutiles y alambicados, no será inútil citar algunos otros, para que los principiantes aprendan á distinguirlos de los obvios, fáciles y no estudiados.

Francisco de la Torre, en la Egloga *Tyrsis*, dice:

Las aguas aumentaba
con las que derramaba

Tyrsis cuitado, de quien es temida

mas que la muerte su cansada vida;

cuya probada y rigurosa suerte

le acrecienta la vida por la muerte.

El pensamiento, *Tyrsis* teme mas su cansada vida que su muerte; es *sutil*; el otro, *su suerte le acrecienta la vida por la muerte*, es verdaderamente alambicado, es un refinamiento de la sutileza contenida en la tan sabida redondilla

Ven muerte tan escondida

que no te sienta venir,

porque el placer de morir

no me vuelva á dar la vida.

Jáuregui, en el *Acaecimiento amoroso*, hablando de una ninfa á la cual se la enredaron los cabellos en un sauce cuando iba huyendo de un amante que la perseguía, dice por boca de este:

Ella al sentir su estorbo, de manera

alzó la voz con alarido al cielo,

que, porque menos su dolor sintiera,

sin la seguir me derribé en el suelo,

diciéndole «ya, Ninfa, no te sigo
 «sino con sola el alma enamorada,
 «el alma llevas y no mas contigo;
 «modera tu violencia acelerada:
 «ó ya, *si el peso rehusar pretendes,*
 «*déjame el alma y huye descansada.*»

Hasta «modera tu violencia acelerada» todo es natural; pues las expresiones «te sigo con el alma», «el alma llevas», son tan frecuentes en los enamorados, que el hallazgo de los pensamientos que enuncian no supone ningun esfuerzo ni demasiado estudio. Lo que sigue es ya conocida sutileza, y ademas tiene algo de falso; porque el alma no *pesa*, ni el que la lleva, en sentido de ser el objeto constante de nuestro amor, de nuestro cuidado &c., puede él *dejarla* cuando se le antoje: nosotros seríamos en tal caso los que pudiéramos quitársela, es decir, dejar de amarle, de pensar en él. Y aqui puede verse prácticamente lo que ya queda insinuado, á saber, que casi todos los pensamientos del mal gusto tienen por lo comun algo de falsos.

CAPÍTULO V.

De la solidez de los pensamientos.

Un pensamiento prueba lo que intenta el escritor, ó no lo prueba: el primero es *sólido*, el segundo es lo que se llama *fútil*. No hay otro término para indicar que carece de solidez. La re-

gla sobre ambas clases es tan general é importante como la relativa á los verdaderos y falsos , á saber: » que todos los pensamientos de una com-
 » posicion séria deben ser *sólidos* ; y que es pre-
 » ciso desechar los que bien examinados sean ver-
 » daderamente fútiles , por mas que á primera vis-
 » ta nos hayan deslumbrado por su brillantez ó
 » novedad.” En este punto es menester mucho
 cuidado ; porque es facil que el falso brillo de un
 pensamiento nos engañe , como le sucedió mas de
 una vez á Ciceron. Por ejemplo , en la oracion
 que á la vuelta de su destierro pronunció en pre-
 sencia del pueblo , se empeña en probar que
 debia mas á este por el beneficio que acababa de
 hacerle , que á sus padres por el ser que de ellos
 habia recibido ; y da por razon que cuando nació
 físicamente era *pequeño* , y cuando volvió del des-
 tierro nació ya *varon consular*. » *A parentibus,*
» id quod necesse erat, parvus sum procreatus ; à
» vobis natus sum consularis.” Este pensamiento
 es verdadero , claro y muy facil de hallar ; pero
 al mismo tiempo es *fútil* , y aun ridículo , porque
 no prueba lo que el orador intenta. Ni ¿ cómo lo
 habia de probar ? De que al nacer seamos peque-
 ñitos ¿ puede acaso deducirse racionalmente que
 un beneficio que se nos hace en edad adulta ex-
 cede al de la existencia que debemos á nuestros
 padres ; porque al recibirle somos hombres he-
 chos , y estamos condecorados con alguna digni-
 dad ? Y ¿ pudiera creerse , si no lo viésemos , que
 en un Ciceron habíamos de hallar tales miserias ?

Pues allí mismo hay otras parecidas, y tambien las hay en el pasage ya citado de la oracion *pro Roscio Amerino*, en que habla del castigo de los parricidas. Véanse en el original.

Y si Ciceron se dejó deslumbrar alguna vez por el falso brillo de un pensamiento ¿qué será de nuestros escritores, que tan generalmente se descuidaron en esta parte de los pensamientos? Innumérables trozos pudiera copiar así en prosa como en verso, en los cuales nada hay de sólido; pero para ejemplo daré unos cuantos. Saavedra Fajardo, queriendo probar que el varon prudente debe hablar poco, dice (empresa 11): «Está «la lengua en parte muy húmeda, y fácilmente «se desliza, si no la detiene la prudencia»; y en la empresa 39, para persuadir que conviene oír mucho, da esta razon.»La naturaleza puso puertas á los ojos y á la lengua, y dejó abiertas las «orejas para que á todas horas oyesen.» Que debamos hablar poco y oír mucho, puede ser cierto; pero deducir esta obligacion moral de que la lengua esté en parte húmeda, y las orejas no tengan puertas, es discurrir con poquísima solidez.

Quevedo, en la silva «á la codicia», hablando con uno que habia ido á América á buscar fortuna, y beneficiaba ya alguna mina, le dice:

Mucho te debe el oro,
 si despues que saliste
 pobre reliquia de naufragio triste,
 en vez de descansar del mar seguro,
 á tu codicia hidrópica obediente,

con villano azadon en cerro duro
sangras las venas al metal luciente.
 ¿Por qué permites que trabajo *infame*
 sudor tuyo derrame?
 Deja *oficio bestial que inclina al suelo*
 ojos nacidos para ver el cielo.

Si trabajar en una mina es *oficio bestial*, porque *inclina al suelo los ojos nacidos para ver el cielo*, tambien lo será cabar las viñas, segar las mieses, escardar las huertas y otras mil ocupaciones de la vida rústica; pues en estas tambien es necesario bajar la cabeza. Esto es cabalmente lo que se dice en las escuelas: «argumento que prueba demasiado, nada prueba»; y por eso el raciocinio de Quevedo carece de solidez. Y aunque un poeta no está obligado á emplear siempre argumentos demostrativos, y le basta por lo comun que los suyos sean ligeramente probables; nunca le es permitido valerse de conocidos sofismas. Tales son todos los que se fundan en la acepcion equívoca de las voces, y sin embargo no hay cosa mas comun en los nuestros.

Pedro Espinosa, en la «fábula del Genil» tiene estos versos:

No da tributo Betis á Neréo;
 mas como amigo sus riquezas parte
 con él, *que es Rey de rios*, y los *Reyes*
 no dan tributo sino ponen leyes.

El primer pensamiento es falso, porque el Betis da tributo al mar, esto es, desemboca en él. El segundo, «que es Rey de rios» es poéticamen-

te verdadero en el sentido de ser el mayor de los rios ; pues aunque esto no sea materialmente cierto , semejantes exageraciones son permitidas en poesía. Mas, porque en ésta acepción se le ha llamado *Rey* , deducir luego que no paga tributo al mar » porque los Reyes no pagan tributo”, es, no un raciocinio sólido , sino un pueril juguete de palabras.

De la misma manera discurre Lope, cuando por haber llamado *sol* á su querida, sostiene que si esta se ausenta, anochece; y si se presenta, amanece. Dice así en un soneto:

Porque si amaneció cuando le vistes;
 y dejándole de ver, noche sería
 en el ocaso de mis ojos tristes.

Con la misma solidez prueba en otro soneto que, cuando su dama está ausente, no deja de verla; porque es sol, y al sol le vemos desde cualquiera parte. Estos son los tercetos:

Si de mi vida con su luz reparte
 tu *sol* los dias; cuando verte intente,
 ¿qué importa que me acerque ó que me aparte?

Donde quiera se ve su hermoso oriente:
 pues si se ve desde cualquiera parte,
 quien en mi *sol* no puede estar ausente.

CAPÍTULO VI.

De la conveniencia de los pensamientos con el tono de la obra.

Ya queda indicado que los pensamientos (además de verdaderos, claros, nuevos, naturales y sólidos) deben ser también acomodados al tono general y dominante de la obra en que queremos emplearlos. Esto quiere decir que en aquellas que, aunque serias, tienen por objeto principal el agradar, y no son de tono muy elevado, deben ser *bellos*; en las magestuosas, *grandiosos*, y aun *sublimes* en los parages que lo permitan; y en las graciosas, chistosas, jocosas, burlescas; graciosos, chistosos, jocosos, burlescos respectivamente. Como todas estas denominaciones se dan á los pensamientos relativamente á la impresion que en nosotros producen, y esta idea de pura sensacion es una idea simple que no se puede descomponer en otras, no es posible dar de todos ellos mas definicion que su nombre mismo. Sin embargo, ya que algunos críticos han disputado tanto sobre cuáles son los que merecen el título de *sublimes*, y cuáles el de simplemente *bellos*; diré en pocas palabras lo que hay de útil en sus largas discusiones.

Todos sabemos por experiencia que la vista de ciertos objetos físicos, por ejemplo un jardin, produce en nosotros cierta impresion plácida y

tranquila ; y que la de otros, v. gr. el océano, un volcan, un profundo despeñadero, una tempestad, nos causa cierta respetuosa admiracion, cierto asombro y enagenamiento. A los primeros los llamamos *bellos* ó *hermosos*, y á los segundos *sublimes*. De los objetos físicos hemos trasladado luego estas denominaciones á los seres morales, y hemos llamado bellos á los que producen en nosotros una sensacion apacible y deliciosa, semejante á la que nos resulta de ver un objeto físicamente hermoso: y sublimes á los que arrebatán y enagenan nuestro ánimo con una especie de admiracion parecida á la que causan las sublimes escenas de la naturaleza. Así, entre las virtudes pertenecen á la primera clase las que no piden esfuerzos extraordinarios, y á la segunda las que exigen que el hombre se haga en cierto modo superior á sí mismo, subyugando las inclinaciones mas poderosas de su corazon; porque los rasgos de aquellas nos interesan sí, pero no nos admiran, y los de estas nos sorprenden y confunden, haciéndonos sentir que nosotros no somos capaces de elevarnos á semejante heroismo. Por esta razon: Hector, tomando en sus brazos á su hijo y dirigiendo á Júpiter en favor suyo la tierna súplica que leemos en Homero, es un objeto puramente *bello* en el orden moral; pero Guzman el Bueno, arrojando la espada desde el muro de Tarifa para que degüellen al suyo, es en la misma clase un objeto *sublime*. Los pensamientos pues que nos presentan objetos bellos ó

sublimes en el orden físico ó moral , toman ellos mismos la denominacion de *bellos* ó *sublimes*.

Hé aqui á lo que se reduce esta debatida cuestion ; pero debo añadir lo siguiente. Para que un pensamiento sea verdaderamente sublime , no basta que lo sea el objeto que nos pone á la vista ; es necesario ademas que nos sea presentado de modo que haga en nosotros una impresion tan fuerte y viva , si ser puede , como la presencia del objeto mismo. Para esto se requiere que la idea principal vaya acompañada de aquellas secundarias que mas puedan contribuir á fortificarla y realzarla ; y al contrario , que se omitan todas las que puedan confundirla , oscurecerla ó debilitarla. Cómo esto haya de hacerse , se entenderá mejor con ejemplos que con explicaciones metafísicas.

Fr. Luis de Leon , en la oda que empieza »cuándo será que pueda” tiene este pasage sublime.

¿No ves quando acontece
turbarse el aire todo en el verano?

El dia se ennegrece,
sopla el Gallego insano ,
y sube hasta el cielo el polvo vano :

*Y entre las nubes mueve
su carro Dios , ligero y reluciente ,
y horrible son conmueve ;
relumbra fuego ardiente ,
treme la tierra , humíllase la gente.*

La lluvia baña el techo ,

envian largos rios los collados ;
 su trabajo desecho ,
 los campos anegados
 miran los labradores espantados.

Esta descripcion imitada de Virgilio (lib. 1.º de las Geórgicas) es *sublime*: 1.º lo es el objeto descrito, una tempestad: 2.º las circunstancias que mas le realzan estan bien escogidas; oscurecerse el dia, soplar el viento, levantarse al cielo remolinos de polvo, horrible sonido del trueno, fuego ardiente del relámpago, temblar la tierra, pavor y abatimiento en los hombres, largos rios que bajan de los collados, trabajo del labrador desecho, campos anegados: 3.º ninguna de estas ideas está debilitada con accesorias inútiles: 4.º la imagen »Dios mueve entre las nubes su carro ligero y reluciente» es valentísima, y ella sola constituiria un pensamiento sublime en todo el rigor de la palabra.

Este pasage de Fr. Luis de Leon es modelo en su línea: veamos otro de Valbuena, en el cual, queriendo ser sublime, nos ha dado pura hinchazon y hojarasca en lugar de sublimidad.

Todos los inteligentes han admirado, y con razon, como un rasgo sublime de heroismo la apóstrofe de Ajax en Homero (Iliada lib. 17, v. 645..... 47) cuando, habiendo esparcido Júpiter sobre el campo de batalla una densa y oscura niebla que llena de pavor á los griegos, Ajax se vuelve á él y le pide, no su favor, no la victoria, no la vida, sino luz para pelear, diciéndole:

Libra ya, padre Jove, á los Aquivos
de niebla tan oscura, haz que veamos:
serena el cielo, y á la luz del dia
destrúyenos á todos si te place.

Esto es verdaderamente sublime. Lo es el objeto; á saber, el valor de Ajax, á quien con tal que pueda pelear no le acobarda todo el poder de Júpiter; no hay ideas secundarias que debiliten ó degraden la principal; no hay declamacion, no hay piropos, no hay fanfarronadas, no hay hinchazon ninguna: todo está dicho con la noble sencillez que caracteriza á Homero, y le hace el primero de los poetas y el mejor de todos los escritores profanos. Pues bien, Valbuena, queriendo imitar este pasage, dice en su *Bernardo* (lib. 24) que Morgante,

En impaciencia y voces turbulentas

bramando, vuelto al cielo, *escupe* y dice:

»Cobardes Dioses, si á esas tan *contentas*

»*sillas que os sueña el mundo no desdice*

»el ser todos *locura*, y las afrentas

»vengar quereis que ya en mi reino os hice;

»si no sois solo *palos* y pinturas,

»y *tienen de deidad vuestras figuras*:

»Bajad todos á mí, ó volved al mundo

»cuantos en él tuvieron nombre y fama:

»á Encelado el gigante, que el profundo

»valle de Etna recuece en viva llama;

»los que en Flegra con brio furibundo

»ya os hicieron huir *de rama en rama*,

»del horrible Briaréo el bulto *leve*,

» que en cien brazos cien mazas juntas mueve.

» Dad á Nembrot *por báculo su torre,*

» y por soldados cuantos hubo en ella:

» nazca de nuevo Antéo, si se corre

» de haber perdido su armadura bella,

» y sin que de su madre aparte y borre

» la grave estampa y la torcida huella;

» la que en su ayuda, *si á sazón le viene,*

» junte cuantos hermanos tuvo y tiene.

» Saque Jason sus Argonautas fieros,

» *Ulises*, Telamon; y el griego Aquiles

» de nuevo multiplique compañeros,

» de leones hechos no de hormigas viles.

» Salgan de Troya y Grecia los guerreros;

» salgan Goliás, Sanson, y los *sutiles*

» judíos; salgan de Argos y de Tebas

» los crueles campos y sangrientas *grevas*:

» Salgan Héctor y Páris, salga Troilo,

» el fiel Tidéo, el bravo Hipodemonte,

» el fuerte Alcides, y el que *en sabio estilo*

» *venció de Esfinge el cavernoso monte*;

» Turno, Eneas, Mecencio, Adrasto, Egilo,

» Teséo y la arrogancia de Faetonte;

» y en su cruel hermandad, que la ira *atice*,

» Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice.

» Salga mi antigua sombra Capanéó,

» Polifemo y los hijos de Vulcano:

» y *por no hacer mas áspero rodeo*

» *ni el disgusto gastar el tiempo en vano*;

» bajad, cobardes Dioses; que no creo

» que hay otro que esta clava de mi mano,

»que si allá sube, y como aquí la afierra,
 »con todo vuestro cielo dará en tierra.»

Tamaños dislates no merecen que me detenga á criticarlos. Baste decir que en Homero hemos visto un poeta juicioso, y en Valbuena vemos un declamador, un loco, que delira queriendo ser sublime: que Ajax es un verdadero héroe por cuya boca habla la naturaleza, porque dice lo que un hombre de valor debió decir segun las ideas de su tiempo en la situacion en que se hallaba; y Morgante es un fanfarron cobarde que desafía á unos muertos que no podian admitir el duelo, y á unos Dioses de cuya existencia duda, ó por mejor decir se burla, y de los cuales por consiguiente nada tenia que temer; Y qué diremos de su prolija, pueril y disparatada enumeracion? ¡Y aquel Nemrod, que ha de traer por báculo nada menos que la torre de Babel! ¡A qué ridículas extravagancias conduce el olvido, digamos mejor, la ignorancia de los principios de buen gusto y de las reglas del arte! ¡Y todavía hay quien hable contra ellas, y diga que no son necesarias! Ahí tienen la respuesta, y en mil ejemplos que pudieran citarse del mismo poeta y de varios otros de los nuestros. Concluiré este punto de la sublimidad con algunas advertencias importantes.

1.^a Cuando presentamos el objeto sublime en una descripcion algo extendida, como la citada del Maestro Leon, ó cuando hay reunidos varios pensamientos de esta clase, como en el fa-

moso pasage de la Iliada (lib. 20, v. 47 y siguientes) que omito por demasiado largo y porque se halla copiado en las Lecciones de Blair; se llama esto *pasage sublime*. Mas cuando solo hay un pensamiento verdaderamente tal contenido en una corta expresion, se llama *rasgo ó pensamiento sublime*. Tales son, el tan alabado de Corneille, «que muriese»; el *Medea superest* de Séneca, copiado por el mismo Corneille; el *fiat lux* del Génesis, citado por Longino, y otros varios que se hallan acotados en casi todos los tratados modernos.

2.^a En unos y otros, para que la sublimidad no desaparezca, es necesario que no haya nada de bajo, ni de trivial, ni de afectado en la expresion; pero en los simples rasgos se requiere tambien que no haya mas palabras que las absolutamente necesarias, y que la expresion sea sencilla y natural. En los pasages algo extendidos se puede emplear un language mas pomposo, y añadir al pensamiento principal alguna ilustracion, como esté bien escogida; en los simples rasgos cualquier adorno ó adiccion los debilita. Por eso se ha notado que Corneille debilitó el citado pensamiento «que muriese» *qu'il mourut*, añadiendo «ó que una heróica desesperacion le socorriese», *ou qu'un beau desespoir alors le secourut*. Algunos franceses han querido defenderle; pero, digan cuanto quieran, el buen gusto responderá que el *beau desespoir* es, como ellos dicen, *recherché*; que el *secourut* es debil, y

que el pensamiento, para haber conservado toda la sublimidad con que empieza, debió acabar en *mourut*. Por la misma razon me parece que nuestro Rioja debilitó tambien un poco, no tanto como Corneille, un rasgo muy sublime que tiene en su hermosa cancion á las ruinas de Itálica, y tomó de la Escritura. En esta se dice, hablando de Alejandro (Machab. cap. 1.) que »la tierra enmudeció en su presencia” *siluit terra in conspectu ejus* : pensamiento verdaderamente sublime, porque no es posible dar mas alta idea del poder de Alejandro y del universal terror que inspiraron sus conquistas, que diciendo, *la tierra enmudeció*. Rioja pues le introdujo oportunamente hablando de Trajano, y dijo:

Aqui nació aquel rayo de la guerra,
 gran Padre de la patria, honor de España,
 pio, felice, triunfador Trajano;
ante quien muda se postró la tierra.

Y si hubiese acabado aqui, no podria darse rasgo mas sublime, ni mas valientemente expresado, pues con toda la concision y sencillez posibles realzó la idea misma del original con la accesoria de »se postró.” Pero desgraciadamente la necesidad de llenar la estancia le obligó á desleir, por decirlo asi, el pensamiento, continuando

..... la tierra
 que ve del sol la cuna y la que baña
 el mar, tambien vencido, Gaditano.

El pasage, aun con esta añadidura, queda todavía grandioso y magnífico; pero lo hubiera sido

mas si hubiese acabado en la palabra *tierra*. Porque descendiendo á dividir esta en oriental y occidental, y designando la primera con la perífrasis »que ve del sol la cuna»; y la segunda con la de que es »bañada por el mar gaditano tambien vencido»; se contentó con ser elegante, y no aspiró á la verdadera sublimidad. Haga la prueba el que quiera, no leyendo mas que hasta *tierra*, y suponiendo que alli acaba la cláusula; y si tiene gusto, sentirá cuánto mayor impresion le hace la *tierra toda postrada ante Trajano*, que el oriente y occidente conquistados por sus armas. Todo este cuidado es necesario al tiempo de escribir, sobre todo en verso; y en estas, al parecer, pequñeces consiste el secreto del arte.

3^a Aqui no es posible enumerar y recorrer todos los objetos físicos y morales que pueden suministrar ideas sublimes y bellas: la contemplacion de la naturaleza para los primeros, y el estudio de la historia para los segundos son los mejores maestros. Tampoco me detendré á indagar cuál es en ellos la cualidad fundamental que causa en nosotros la sensacion de sublimidad ó belleza; porque seria necesario entrar en largas discusiones ajenas de este lugar, y demasiado metafísicas para principiantes. Los que quieran profundizar estas cuestiones pueden leer á Blair y á Burke; pero lleven entendido que estas indagaciones son, como ya se ha indicado, mas bien filosóficas que literarias, y mas curiosas que útiles. Porque aun cuando se probase, cosa muy

difícil, que el gran poder, la vasta extensión, el peligro, ó cualquiera otra cosa, es la fuente de la sublimidad; nada habríamos adelantado para encontrar pensamientos sublimes ni para expresarlos con toda su fuerza, que es lo importante en el Arte de hablar.

LIBRO II.

De las varias formas bajo las cuales podemos presentar los pensamientos.

Sabida cosa es que los cuerpos, aun cuando esten formados de la misma materia, se distinguen entre sí por su forma exterior, es decir, por la situación relativa de las partes de que se componen. Así, un cubo y una esfera, ambos de oro, se distinguen perfectamente á la vista ó al tacto; pues aunque su materia sea la misma, no lo es su forma. Empleada pues esta voz para designar aquello en que los pensamientos se diferencian entre sí, se deja entender que significará «aquella manera particular con que nos es presentado cada uno, la cual hace que los distingamos unos de otros, aun prescindiendo de las ideas de que se componen y de los signos con que estan expresados»; y lo que es mas, aun en el caso de que consten de unas mismas ideas, y esten enunciadas estas por unas mismas voces. Por ejemplo, en los pensamientos contenidos en estas dos frases «vino Pedro» (afirmacion) ¿vino

Pedro? (interrogacion) las ideas de que constan son idénticas, y lo son tambien las palabras que los enuncian; pero no lo es su forma ó la manera con que estan presentados. La forma del primero es afirmativa, y la del segundo interrogativa. Por este solo ejemplo se puede venir en conocimiento de lo que son las formas, ó como vulgarmente se dice, las *figuras* de los pensamientos, y de que su número ha de ser infinitamente menor que el de estos, porque bajo la forma afirmativa, v. gr. se pueden proponer millones. Esta es una cosa clara y sencilla, que los Gramáticos y los Retóricos han hecho casi ininteligible. Segun ellos, es sí *figura* aquella cierta cosa en que se distinguen los pensamientos unos de otros, aun prescindiendo de las expresiones que los representan; y hasta aqui se han explicado con exactitud; pero han embrollado la materia, cuando han dado tambien el nombre de *figuras* á todas las alteraciones hechas en lo material de las voces, en su pronunciacion, sintaxis, coordinacion oratoria, y significacion; y cuando han distinguido en consecuencia seis clases de figuras llamadas de *metaplasmo* ó *diccion*, de *prosodia*, de *sintaxis* ó *construccion*, de *significacion*, ó *tropos*; de *palabra* ó *elocucion*, y de *sentencia* ó *estilo*; pues cualquiera que sepa lo que significan estos nombres, conocerá que solo las últimas, es decir, las de *sentencia*, deben llamarse *figuras*; que las de *diccion*, *prosodia* y *sintaxis* no son otra cosa que ciertas licencias, esto es, trasgresiones de los

preceptos gramaticales, permitidas en ciertos casos: que las *de significacion* son otra especie de licencia que á veces nos tomamos de variar la acepcion usual de algunas palabras: que las *de elocucion* no son tampoco mas que ciertas maneras elegantes de combinar las expresiones; y que de todos modos nada tienen que ver semejantes licencias ni elegancias con aquello que nos hace distinguir los pensamientos considerados en sí mismos, que es lo único á que racionalmente puede darse el nombre de forma ó figura, por cierta analogía que tiene con lo que en los cuerpos se llama con este nombre. Por consiguiente, abandonando á los gramáticos sus licencias, ó si quieren, sus figuras de metaplasmo, prosodia y sintaxis; reservando tratar de los tropos para cuando hablemos de las expresiones, porque en efecto no son otra cosa que expresiones de cierta clase; y dejando las elegancias de elocucion para el tratado de la composicion de las cláusulas, que es á donde pertenecen: solo debo hablar ahora de las verdaderas y legítimas figuras, que son las de sentenciá ó pensamiento.

Limitándome pues á estas, fácil es conocer que las diferentes formas bajo las cuales presentamos los pensamientos resultan, ó de su misma naturaleza, ó de la situacion moral y la intencion del que habla. En efecto, estamos viendo á cada paso en nosotros mismos que de distinta manera combinamos nuestras ideas cuando queremos representar por medio del language las

imágenes de los objetos trazados en nuestra imaginación, y cuando deseamos enunciar simples reflexiones ó racionios: cuando hablamos en estado de tranquilidad interior, y cuando desahogamos nuestro corazón haciendo sentir á los demás los varios afectos que nos agitan: cuando queremos comunicar un pensamiento abierta, franca y directamente, y cuando deseamos presentarle con cierto disfraz y de una manera obliqua. De estos principios, cuya verdad no me detendré á probar porque me parecen evidentes é incontestables, resulta que las formas todas de los pensamientos se reducen necesariamente á cuatro clases generales: 1.^a las que empleamos para dar á conocer los objetos en sí mismos: 2.^a las que usamos para comunicar simples racionios: 3.^a las que sirven para expresar las pasiones, y 4.^a las que pueden adoptarse para presentar los pensamientos con cierto disfraz ó disimulo cuando así convenga. De esta clasificación resulta además con toda claridad lo que son las formas de los pensamientos; pues se ve que en suma son »las varias modificaciones que estos reciben de »la imaginación, la razón, la situación moral y »la intención del que habla.»